Domingo 17 de Julio

XVI Domingo Del Tiempo Ordinario – Ciclo C

Génesis 18, 1-10
Salmo 15
Colosenses 1, 24-28
San Lucas 10 38-42

"Escuchar y servir en tiempos de pos-acuerdo"

En tiempos de pos-acuerdo y de construcción de la paz (que esperamos lleguen pronto) nada más necesario que aprender a "escuchar", a "acoger", a "servir". Las personas víctimas del conflicto armado necesitan ser restituidas en muchos aspectos: su tierra, su trabajo, su posibilidad de un nuevo comienzo. Pero todo esto no es suficiente si no se les restituye en su dignidad y en hacerles sentir que merecen ser tratados como personas, ser escuchadas con respeto, ser acogidas con misericordia, ser servidas en sus múltiples necesidades. Y las víctimas son los más de siete millones de desplazados pero también son los combatientes que una vez consideran la posibilidad de desmovilizarse, tienen derecho a encontrar un futuro posible para reconstruir sus vidas.

En su mayoría las víctimas del conflicto son mujeres, y son ellas las que ahora reclaman un nuevo comienzo a través del estudio, ya que toda su vida la han dedicado a las labores del hogar. Esta escena es la que contemplamos en el evangelio con las dos hermanas Marta y María.

La primera lectura nos muestra la figura del patriarca Abraham como signo de hospitalidad. Ve a los tres hombres y no los puede dejar pasar de largo. Por eso corre hacia ellos y les insiste que se queden en su casa. Allí los atiende con lo mejor que tiene, con la certeza de que por algo el Señor ha dispuesto que pasen cerca de él. Y, efectivamente, ellos le anuncian que el hijo de la promesa será una realidad porque Sara tendrá un hijo, a pesar de su esterilidad.

En la situación de conflicto que vive el país son muchos los que han pasado a nuestro lado. Todos aquellos que lo han perdido todo, que han engrosado el cinturón de miseria de las grandes ciudades, buscando abrirse un futuro para ellos y sus hijos. Pero la pregunta que surge es si nosotros hemos comprendido que "por algo han pasado a nuestro lado" y nos hemos detenido para implicarnos en su suerte. Lamentablemente, no siempre esa ha sido nuestra respuesta. El drama del desplazamiento ha llegado a las ciudades pero, tantas veces encerrados en nuestros grandes muros protegidos de los indeseables, no hemos visto la miseria, no nos hemos dejado tocar por el drama vivido por tantos compatriotas.

Esto no puede continuar así. Es tiempo de acoger y ayudar. Tiempo de servir y abrir caminos. Tiempo de dejar que Dios nos revele su presencia en la situación difícil que vivimos y allí nos dispongamos a servirle, con lo mejor de nosotros.

¡Felices los que trabajan por la Paz!

Como advertimos, en el pasaje de Marta y María, aunque sean dos hermanas y parece que tienen diferentes actitudes, ambas recogen lo que son las mujeres de todos los tiempos y todas las culturas: mujeres dedicadas a sus quehaceres, a sus hogares a sus familias, pero a la vez mujeres con unas ganas infinitas de aprender de aprender…

Estas dos figuras femeninas que nos presenta el evangelio de Lucas, han de convivir en nuestro interior, como decía Santa Teresa de Jesús. El escuchar y el servir han de ir siempre de la mano. Y aprender a los pies del Señor hoy pasa por aprender de las víctimas que están a nuestro lado. Ellas son las que pueden interpelar verdaderamente nuestra fe. Las que de alguna manera nos invitan a poner en práctica lo que dice el salmo: El que sigue a Jesús es el que procede rectamente practicando la justicia, el que no daña a su hermano, el que no se retracta de lo que juró, el que no acepta soborno contra el inocente.
La vida de fe que no asume la realidad y se compromete con su transformación, no puede dar testimonio del Dios de Jesús que se puso siempre del lado de las víctimas, denunciando la situación que vivían y abriendo caminos de vida para todas ellas.

No menos diciente en este contexto es la carta de Pablo a los Colosenses porque nos recuerda el papel del testigo de Cristo quien no puede anunciarlo sin implicarse en la situación que vive “completo en mi carne lo que falta a los padecimiento de Cristo”.

Trabajar por la paz, restituir los derechos de los afectados por la guerra y comprometernos con un proceso de posconflicto es inherente a nuestra fe cristiana y estamos llamados a mostrarlo con nuestros hechos. No decaigamos, por tanto, en la capacidad de escucha de todos los que pasan a nuestro lado y dispongámonos a servir allí donde cada situación lo reclama y cada hermano y hermana más lo necesita.